

LOS DIEZ MESES QUE FRUSTRARON AL PERU¹

Efraín Gonzales de Olarte
Pontificia Universidad Católica del Perú

Nueve meses después de un impecable gobierno de transición, los peruanos esperábamos que un gobierno elegido por el voto popular, encontrara el rumbo necesario para salir de la recesión y demostrar que la democracia es superior al autoritarismo, no sólo en mecanismos sino en resultados. La verdad que esto no ha sido así y preocupa. Quizás la valla impuesta por el Presidente Paniagua haya sido muy alta a lo mejor se ofreció demasiado en la etapa pre-electoral, lo cierto es que el gobierno del Dr. Toledo no ha encontrado norte o, mas bien, el norte que ofrece no es el que la población esperaba.

Para entender esta situación, que está por llevar a la frustración nacional, es necesario analizar los factores y los acontecimientos que han llevado a la crisis de popularidad y la marea social que se acrecienta.

Los legados: recesión, corrupción y el pensamiento único

El fujimorato llegó a su fin por una combinación de recesión económica con crisis moral, puesta al desnudo a nivel nacional, pero sobre todo a nivel internacional. La legitimidad del gobierno de A. Fujimori comenzó a caerse a partir de las elecciones del 2000, probablemente la más vergonzosa de la historia republicana peruana, y se hizo añicos al aparecer los famosos vladivideos, gracias a los cuales, se descubrió la corrupción casi generalizada el gobierno, ahora denominado, fuji-montesinista.

Las crisis del sudeste asiático y la rusa pusieron en vilo al mundo globalizado. Demostraron que el modelo neoliberal llevó al mundo a amplificar cualquier crisis nacional a una escala planetaria, sobre todo si se trataba de países emergentes. Para el Perú el impacto fue doble. Por un lado, los capitales dejaron de venir y, por otro, la recesión mundial disminuyó las exportaciones peruanas, con lo cual se desencadenó un *shock* externo, que debido a la dolarización y a la existencia de reservas internacionales no terminó en una crisis de balanza de pagos, sino en una recesión sorda con cierta estabilidad macroeconómica. Pese a la recesión, el neoliberalismo siguió vigente y, gracias a la influencia de los bancos de inversión, del Banco Mundial y del FMI, el “pensamiento único” siguió vigente, tanto como propuesta en términos de políticas económicas y de reformas, como en términos ideológicos.

Es en este escenario, o quizás gracias a él, que fue elegido Alejandro Toledo con su partido Perú Posible. La herencia era pesada y se requería de mucha ingeniería política para tomar la posta al gobierno de transición y tratar de superarlo. Pese a las múltiples ofertas del candidato Toledo a lo largo de su campaña electoral, todas ellas basadas en frases impactantes como “necesitamos un desarrollo con rostro humano” o “desterraremos la pobreza y crearemos empleo”, en la intimidad del círculo que lo rodeaba, la elección estaba hecha: se seguiría con las vigas maestras del modelo neoliberal, dándole quizás un poco más de políticas sociales y algún programa de empleo de emergencia. No hay que desecharse que durante las giras del ya presidente elegido a Washington y Nueva York, las amistades forjadas durante sus largas estadías en el Banco Mundial, Harvard, Stanford, influyeran sobre sus decisiones. De alguna manera, no había pierda si se combinaba el apoyo del Consenso de Washington con la recuperación de la democracia y la promesa de hacer de la lucha contra la pobreza como el principal objetivo del gobierno de un presidente que había surgido desde muy abajo. Además, los factores étnicos y sociales jugaban a su favor.

¹ Publicado en Cuestión de Estado, mes de junio 2002

Con esta combinación de factores la lógica llevó a Alejandro Toledo a armar un gobierno centrado en las relaciones internacionales, para lo cual escogió de dos peruanos muy conocidos en los ambientes de Washington y Nueva York, con largas trayectorias en el mundo financiero, corporativo y en las multilaterales: Pedro Pablo Kuczynski y Roberto Dañino. Dos peruanos, cuyo único handicap era que hacia muchos años no vivían en el Perú, en consecuencia, no eran muy conocidos y tampoco estaban familiarizados con el Perú dejado por el fujimorato. Sus relaciones y contactos podrían ser muy útiles para relanzar el modelo neoliberal de apertura a los mercados y capitales internacionales. Lo que pocos sabían es que PPK no es un neoliberal cualquiera, sino que además es uno de los economistas que participó en la célebre reunión de 1989, en la que se discutió y tomo forma el famoso Consenso de Washington, o el breviarío de políticas y reformas neoliberales. Es decir, no sólo es un practicante sino es alguien que ayudó a crear el credo neoliberal.

Esta elección permitía a Toledo no tener que preocuparse por el programa económico, tener gente de credibilidad internacional manejando la economía y un Presidente del Consejo de Ministros, Roberto Dañino, como bisagra entre todos los sectores representados en el primer gabinete, con proyección internacional.

La idea era seguir haciendo lo mismo en economía, pero con más ayuda internacional para la lucha contra la pobreza y para la consolidación de la democracia. La apuesta era construir el segundo piso del edificio que había comenzado a construir Fujimori, tal como lo señaló Toledo en una oportunidad, previa a las elecciones del 2000. Se daba por descontado que la vuelta a la senda del crecimiento era cuestión de tiempo, y no muy largo.

El contexto internacional

Lamentablemente, el 11 de setiembre del 2001 el mundo global cambió drásticamente a raíz de los atentados de Nueva York. Los capitales internacionales se retraerían, la incertidumbre se acrecentó, la desconfianza se instaló por todas partes. Pero para el gobierno de Alejandro Toledo fue fatal, pues constituyó una suerte de enroque, después del cual sus dos alfiles (PPK y Roberto Dañino) quedaron descolocados. Pues estaban pintados para moverse como correas de transmisión entre los problemas domésticos peruanos y el mundo internacional de los negocios, pero no para enfrentar problemas internos, tanto políticos como institucionales. Desde entonces y, particularmente, desde comienzos del 2002, el gobierno comenzó a mostrar incapacidad para enfrentar problemas provenientes de la insatisfacción de cuatro años de recesión, de expectativas electorales incumplidas. Una serie de políticas y metas económicas, que tendrían un cauce relativamente fácil si el mundo financiero no se hubiera hecho más cauto, comenzaron a tener problemas, por ejemplo la baja de los precios de las materias primas y el incremento del petróleo. El presupuesto de la república se planteó asumiendo ciertos supuestos, que dependían de una coyuntura internacional sin un *shock* exógeno, como los atentados de setiembre y sus secuelas bélicas posteriores. Apostar demasiado al exterior y no tener un plan de contingencia basado en las fuerzas internas es el principal problema del gobierno de Alejandro Toledo.

Bajo esta perspectiva, la solución de los principales internos: empleo, pobreza, falta de Estado, seguridad, dependían mucho de resultados económicos y poco de arreglos políticos. Y esta es una equivocación grande. El gobierno hasta ahora no ha podido conectar el accionar económico con la política, pues, le faltan operadores políticos, más organización estatal y sobre todo, de un liderazgo político claro y seguro. No basta con tener un liderazgo y credibilidad económica en la persona del Ministro de Economía, es necesario además hacer de las políticas públicas los medios para hacer política.

La evolución económica: políticas económicas sin un norte de largo plazo.

La recesión de cuatro años ha sido analizada desde varias perspectivas. El gobierno suele mostrar las tasas de crecimiento agregadas para mostrar que la economía peruana está creciendo desde fines del año 2001. Por su parte, los opositores desagregan el crecimiento entre sectores primario (agricultura, minería y pesca) y no primarios (industrias, servicios y el resto), con lo cual se muestra que el sector primario es el que crece, mientras que el sector no primario no. Razón por la cual el desempleo no se reduce y más bien ha aumentado en el último trimestre, pues los sectores no primarios son el grueso de la economía y los que emplean a la gran mayoría de peruanos. Además, el crecimiento del sector primario se debe principalmente a la puesta en marcha de la gran empresa Antamina, cuya sola producción ha da un alto crecimiento al sector, pese a la caída de los precios internacionales. El principal problema entre sector primario y no primario es su falta de articulación, lo que impide la difusión del dinamismo de uno en el otro. Este es un problema estructural que fue ahondado por el gobierno de Fujimori y que la actual administración no lo ha tomado en cuenta, y que a la larga hace del crecimiento agregado más débil de lo que debería ser si la economía peruana fuera articulada por un moderno sector industrial.

Así la estrategia económica se basa en un enfoque de crecimiento de la oferta agregada, como base de la reactivación cuando no del crecimiento. Por ello, la insistencia en privatizar para estimular nuevas inversiones y de utilizar los recursos para la inversión pública en infraestructura. Este enfoque reposa en la premisa de la venida de la inversión internacional. Sin embargo, algo se ha hecho desde el lado de la demanda. El aumento de 50 soles a los maestros, el desagio, la reducción de las tasas de interés (aunque esta se debe mas bien a factores internacionales), el uso de las CTS, la reducción de las tarifas populares de electricidad, son algunas de las medidas, que en el agregado no tienen la fuerza para reactivar el aparato productivo.

La política macroeconómica de PPK ha logrado un equilibrio del fondo del pozo, pues tenemos baja inflación, déficit fiscal manejable, sector externo también, pero no hay signos de que la maquinaria económica comience a moverse en una dirección conocida. El problema es la nueva estructura económica generada por el neoliberalismo ha desarticulado los sectores y las regiones, en consecuencia, se han debilitado los vasos comunicantes que permitan diseminar la dinámica de unos sectores a otros y entre regiones. Por ello, incluso las medidas por el lado de la demanda han tenido poco efecto multiplicador, de ahí el malestar en las regiones.

Las políticas económicas no tienen un norte de largo plazo. El gobierno está esperando que el mercado mundial asigne los recursos y, que una parte de estos, vengan al Perú. Mientras tanto es necesario tener la aprobación del FMI y el apoyo de los bancos multilaterales, y para ello hay que mostrar que el Perú hace parte del *mainstream*. Este es el problema de un gobierno con la vista puesta hacia fuera y con poca capacidad de satisfacer las demandas internas sin entrar en conflicto con los intereses internacionales. Este es el dilema Tolediano.

La gobernabilidad de un país desesperado

En un panorama deprimido en el exterior y caldeado en el interior, al gobierno se le presenta el problema de la gobernabilidad, sobre todo cuando la popularidad del presidente y del gobierno está en caída libre. Me parece que no había respuesta alguna del gobierno, hasta la fallida interpelación del Ministro de economía. En ella se aclaró el peso específico y la organización de la oposición, además del predicamento del APRA. Pareciera que la conclusión sacada por el gobierno fue que la oposición no es más fuerte que él. A partir de

entonces hemos visto un cambio de actitud. El mensaje a la nación del presidente el Día de la Madre y su posterior presentación en el Foro de productores mundiales del oro, han mostrado a un Toledo firme, casi fiero, decidido. Posteriormente el paro regional del 14 de mayo ha permitido que el Ministro del Interior coseche un punto a favor, al demostrar que una actitud firme, y en momentos dura, frente a la grita popular puede lograr disciplinar a los movimientos sociales en las calles. Igualmente, la salida de Pedro Francke (técnico solvente y de intachable ética) de FONCODES y de los directores ejecutivos del PRONAA y de ESSalud, completan los cambios en el gobierno que lo llevan a mostrar que si tiene un norte, que tiene autoridad, que no va a dudar y que está dispuesto a aplicar su política económica. El gobierno parece haber definido el norte: Washington y New York, el resto del país se deberá ajustar.

En consecuencia, parece haber retornado la fórmula de: populismo para los ricos y neoliberalismo para los pobres, como dice Alan Fairlie. Esta combinación fue, en realidad, la que permitió la gobernabilidad autoritaria del Perú en la década pasada. La pregunta hoy es si la misma fórmula puede funcionar con democracia, con movimientos regionales enardecidos que afectan la imagen del Perú hacia afuera y con un gobierno que no tiene la cohesión política y organizativa. Nos parece que esta fórmula sólo puede funcionar cuando hay un alto crecimiento económico, que incremente drásticamente los recursos del Estado. En recesión, la fórmula puede llevar a la explosión social, sobre todo si las expectativas creadas durante la campaña fueron muy grandes, salvo que el gobierno aprenda a hacer política, entendiéndose con los movimientos corporativos, como dice Julio Cotler, que hoy luchan por defender sus intereses particulares, sin una visión nacional y, en muchos casos, ni siquiera regional.

Si el gobierno fija un norte en sus políticas públicas y en la política es muy probable que el resto tenga que replantear su estrategia, lo que le puede dar un respiro. De aquí al 28 de julio se deberá despejar la incógnita sobre el nuevo perfil del gobierno y sus posibilidades de continuar con el mismo régimen económico.

16.05.02